

# Cómo no Manejar la Pandemia: Idiotez Irresponsable e Inequidad en EE.UU bajo Trump

## How Not to Handle the Pandemic: Irresponsible Idiocy and Inequity in the US under Trump

Carmelo Mesa-Lago

### RESUMEN

*El artículo analiza la importancia de la gestión de la pandemia por parte de los gobiernos, con especial énfasis en la realizada por el gobierno del presidente Trump en Estados Unidos. Se destacan las primeras acciones del gobierno de Trump que subvaloraron los pronósticos realizados por los equipos técnicos con respecto al impacto de la pandemia, en términos de las personas que enfermarían y podrían fallecer. Al contrario de lo recomendado por los especialistas, el presidente Trump asumió la posición de considerar*

*que el efecto de la pandemia era similar a la de la gripe. Este enfoque condicionó el retraso de dos meses en la toma de decisiones, así como el fracaso en la coordinación del gobierno federal. Estas severas fallas de gestión agravaron las inequidades en el control de la pandemia, y terminaron costando la reelección del gobierno.*

**Palabras clave:** COVID-19, pandemia, gestión de gobiernos, gobierno de Trump, inequidades.

### SUMMARY

*The article analyzes the importance of pandemic management by governments, with special emphasis on that carried out by the Trump administration in the United States. It highlights the first actions of the Trump administration that underestimated the predictions made by the technical teams regarding the impact of the pandemic, in terms of the number of people who would become ill and could die. Contrary to what was recommended by specialists, President Trump took the position of considering that the effect of the pandemic was similar to that of the flu. This approach conditioned the two-month delay in decision making, as well as the failure of federal government coordination. These severe management failures aggravated the inequities in the control of the pandemic and ended up costing the reelection of the government.*

**Keywords:** COVID-19, pandemic, government management, Trump administration, inequities.

DOI: <https://doi.org/10.47307/GMC.2022.130.s2.4>

ORCID: 0000-0002-7676-6016

Catedrático de Servicio Distinguido Emérito de Economía y Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos

Miembro de la Academia Nacional de Seguridad Social de Estados Unidos

Miembro Honorario de la Academia de Ciencias de América Latina (ACAL)

Premio Internacional de la OIT al Trabajo Docente (compartido con Nelson Mandela)

Premio Senior Alexander von Humboldt

E-mail: [cmesa@usa.net](mailto:cmesa@usa.net)

**Recibido: 29 de mayo de 2021**

**Aceptado: 11 de junio de 2021**

### **La idiotez no tiene ideología**

En buena parte del mundo, independiente de las ideologías, el COVID-19 se extendió por una subestimación de la severidad del virus, demoras en tomar acción e irresponsabilidad de los dirigentes, los cuales son culpables de millones de contagios y cientos de miles de muertes (1). Esa conducta se extendió desde comunistas hasta derechistas extremos, pasando por populistas.

El gobierno chino conoció el primer caso de COVID-19 el 10 de diciembre de 2019 y lo ocultó, luego puso preso al médico que denunció la pandemia y que después murió de ella, para al final cerrar por completo la ciudad de Wuhan; de haber actuado de inmediato, los casos podrían haberse reducido en un 95 %. Después de un debate mundial sobre si el virus surgió en un mercado de venta de animales exóticos o de que se filtrara por accidente en un experimento en el Laboratorio de Virología de Wuhan (un informe de la OMS coescrito con las autoridades chinas apoyó el primero y descartó el segundo), a fines de mayo de 2021 el presidente Joseph Biden ordenó una investigación con un plazo de 90 días para determinar la causa real (2).

En Venezuela, Nicolás Maduro anunció que una mezcla de hierbas y productos naturales denominados “gotas milagrosas de José Gregorio Hernández” eran “100 % efectivas” para tratar el COVID-19; las Academias de Ciencias venezolanas (avaladas por las normas de la OPS y la OMS) demostraron que dicho medicamento no había seguido las normas científicas requeridas y era infectivo. Después Maduro decretó la flexibilización del confinamiento y redujo drásticamente la movilización de la población, previamente impuestas, aumentando el riesgo de contagio. Por su parte Diosdado Cabello exhortó a las agencias de seguridad a que lanzaran redadas para arrestar y a miembros de la Academia de Ciencias que, según él, “causaban alarma” por advertir que la pandemia era peor que lo que alegaban las cifras oficiales. El sistema de salud ha colapsado y el personal sanitario tiene la mayor mortalidad en las Américas. Se ignora el número real de infectados y muertos por la pandemia y se estima que en abril de 2021 solo 1 % de la población había sido vacunada (3).

El presidente mexicano Manuel López Obrador aseguró que los aztecas son una raza

especial que resistiría el COVID-19, abrazó a centenares en reuniones políticas, pidió al pueblo que siguiera saliendo a la calle y se besara, que los infectados se quedaran en sus casas y no fueran a los hospitales, y afirmó que estaba protegido por amuletos que no le valieron pues se infectó. En agosto de 2020 había 486 000 casos y 53 000 muertes — se estima que en realidad eran el doble.

El primer ministro inglés Boris Johnson continuó estrechando manos, sugirió inyectarse el virus en la televisión para disminuir el riesgo de la pandemia, eventualmente se infectó y fue internado en una unidad de cuidados intensivos. Su principal exasesor Dominic Cummings testificó en el parlamento por siete horas, acusando a Johnson y su gobierno de estar “paralizado por caos, confusión e incompetencia”, lo cual contribuyó a 250 000 muertes (4).

El presidente brasileño Jair Bolsonaro, llamó al virus “una pequeña influenza”, urgió el no aislamiento, tildó de bribones a los gobernadores de los estados que establecieron restricciones, dijo que sentía las muertes pero que era “el destino de cada cual” y detuvo la publicación de estadísticas de nuevos casos y defunciones; en su visita a la Casa Blanca en 2020 un miembro de su comitiva estaba infectado; en un solo mes, dos ministros de salud renunciaron por conflictos con Bolsonaro y él nombró como ministro a un general sin conocimiento de salud. A mediados de agosto de 2020, Brasil tenía más de 3 millones de infectados (incluyendo a Bolsonaro que se contagió en julio), el segundo mayor del mundo, 102 000 muertes y la tasa de defunciones por el COVID-19 era la superior.

La palma se la llevó Donald Trump que dijo que no usaba la máscara porque carecía de síntomas, se sentía muy bien y no quería dar a la prensa el placer de verlo con ella. Por meses, diariamente apareció en la TV rodeado de subalternos todos sin máscara y tuvo numerosas reuniones sin ella incluyendo una con veteranos de la Segunda Guerra Mundial de más de 95 años, sin preocuparle que los contagiase. En sus dos primeras campañas electorales en Oklahoma y Arizona en junio de 2020, Trump reunió a miles de personas sin máscaras ni distanciamiento social, lo cual provocó rebrotes. El sábado 26 de septiembre de 2020, Trump invitó a una fiesta en la Rosaleda de la Casa Blanca para anunciar su nominado a la Corte Suprema, la mayoría de

un centenar de asistentes no portaba máscara y se apretujaban; ocho personas se infectaron en la fiesta, incluyendo al presidente y la primera dama. Esa misma noche Trump voló a Pennsylvania para un mitin político y el martes asistió al debate en Cleveland con otros candidatos a la presidencia, sin someterse a una prueba previa sobre el virus. El jueves, su asistente Hope Hicks informó que él tenía el virus; inmutable Trump voló a New Jersey para otro mitin, este en el interior de un estadio. El viernes Trump informó que él y la primera dama tenían el virus, pero el sábado, su médico personal anunció que 72 horas antes el presidente había sido diagnosticado positivo. El domingo Trump sufría problemas respiratorios, pero envió un tuit a millones de sus seguidores exhortándolos que no tuviesen miedo a COVID-19; esa misma noche fue hospitalizado. Pero el lunes en la noche regresó a la Casa Blanca, subió la escalinata portando una máscara con obvias dificultades respiratorias y cuando llegó al balcón se sacó la máscara y alzó su puño en señal de triunfo (5). A comienzos de octubre, los casos del virus en EE.UU. sobrepasaban 6 millones y los fallecidos eran 200 000 —con una tendencia creciente— ambas cifras representaban un 25 % del total mundial, mientras que la población estadounidense es 4 % de la población total. El 27 de octubre, una semana antes de las elecciones cuando la epidemia alcanzaba su cúspide en casos y muertes, Trump se burló de la desgracia nacional atribuyendo el virus a una conspiración mediática: “Las noticias falsas en los medios están proclamando COVID, COVID, COVID!, pero vamos a ganar” (6).

### **La no política de Trump sobre COVID-19**

Ya en septiembre de 2019, economistas de la Casa Blanca habían advertido que una pandemia podría matar medio millón de estadounidenses y devastar la economía; explicaron que sería peor que la influenza. Trump aseguró que la COVID-19 era similar a la gripe, demoró dos meses las medidas contra la pandemia, predijo que “desaparecería milagrosamente cuando aumentara la temperatura”, y culpó a las “noticias falsas” y a los demócratas de exagerar el peligro con fines políticos. Los pioneros en imponer restricciones obligatorias fueron los gobernadores de estados más afectados por el virus. Trump declaró que él no era responsable y que las

acciones correspondían a los gobernadores; dicha inercia se agravó porque él siguió sus instintos (“guts”) en vez del consejo científico. La drástica caída de la bolsa de valores a mediados de marzo de 2020 fue la que hizo reaccionar al presidente que entonces aconsejó (no obligó) el “distanciamiento social” hasta el 15 de abril. El continuado declive de la bolsa movió a empresarios, políticos republicanos y Fox News a exhortar una reapertura económica porque una severa recesión sería catastrófica para la reelección. El asesor económico Larry Kudlow planteó de manera brutal la disyuntiva entre el dinero y la salud: “la cura no puede ser peor que la enfermedad”. Un profesor de leyes afirmó que el virus solo mataría “a los débiles y a los viejos, lo cual no afectaría a la economía”. Las cien mil muertes proyectadas y la advertencia de expertos de que levantar las restricciones agudizaría la crisis y el descalabro económico forzarían a Trump a posponer las medidas hasta el 1 de mayo. Pero el 10 de abril replanteó la reanudación económica, alegando que solo habría 60 000 muertes en vez de 100 000 (subió a casi el cuádruple al final del período de Trump), pero ocultó que ello se debía a las restricciones impuestas por los estados.

Trump asumió los poderes que otorga la ley en caso de emergencia nacional, pero fracasó rotundamente en: diseñar un plan para enfrentar la crisis y nombrar un comando unificado federal para coordinar las medidas; usar la reserva federal de medicinas y equipo para combatir la pandemia, argumentando que “esa reserva es nuestra” y los estados tendrían que buscarlas; comprar suministros adicionales y ordenar a las empresas privadas que los fabricasen. Después de acusar a varios gobernadores de exagerar las necesidades, comenzó a enviar los ventiladores y máscaras a cuentagotas, pero demandando a los estados que mostraran “su aprecio”. El 13 de abril Trump declaró sobre su plan de reapertura económica: “el presidente de Estados Unidos tiene autoridad total [...] y los gobernadores lo saben”, una flagrante contradicción con su previa postura de que él no era responsable de la COVID-19 sino los estados. La Constitución establece que los estados, no el gobierno federal, tienen la autoridad para responder a una crisis de salud y decidir cuándo terminar las restricciones. El gobernador de Nueva York fustigó a Trump:

“no tenemos un rey”. Diez gobernadores que tomaron medidas restrictivas (todos demócratas menos uno) acordaron que ellos decidirían cuándo y cómo levantarlas, una acción que Trump calificó como “un motín”. Un día después, suavizó su posición y dijo que iba a “autorizar” a los gobernadores que ellos mismos determinarán cuándo reabrir sus estados.

### **Las inequidades de Trump sobre COVID-19**

Desde que tomó posesión de la presidencia Trump favoreció a los ricos, por ejemplo, su reforma tributaria de 2017, redujo de 35 % a 21 % el máximo pagado en impuestos por el 1 % de la población que recibe 5 millones de dólares o más al año, mientras que la clase media perdió más que ganó por la eliminación de muchas deducciones. Se proyecta que, en 2025, 53 % de todos los contribuyentes pagarán más impuestos que en 2017. Frente al incremento del déficit fiscal en 1 100 millones de dólares en 2018, Trump propuso un recorte de 2 000 millones de dólares a los programas de bienestar social, como cupones de alimentos a los pobres (alegando que era un incentivo para no trabajar), almuerzos para niños en las escuelas, préstamos a estudiantes, asistencia social sanitaria a los que carecen de ingresos, y pensiones de seguridad social por vejez y discapacidad.

El primer paquete de rescate a la economía aprobado por el Congreso en 2020 por 2 300 millones de dólares, inicialmente se concentró en ayudar a las grandes compañías. Fueron los demócratas en ambas cámaras los que lucharon por conseguir fondos para los desempleados, los pequeños negocios, los hospitales, los trabajadores de salud y la asistencia alimentaria, así como reclamar que hubiese una supervisión en el manejo de los fondos a fin de que no se usaran para aumentar la paga a los ejecutivos o la recompra de acciones. El multimillonario senador republicano Rick Scott se opuso a la ayuda semanal de 600 dólares a los desempleados con el argumento de que sería un desincentivo para regresar al trabajo. Hubo demoras en el pago de 1 200 dólares a los ciudadanos que ganan menos de cierto nivel de ingreso porque Trump ordenó que apareciera su nombre en los cheques, como si él hubiese pagado por ellos. La ley prohibió a Trump y su familia, al vicepresidente y a los congresistas recibir ayuda del fondo.

Trump afirmó que una medicina contra el paludismo era efectiva para la COVID-19 (como hizo Maduro en Venezuela), aunque no había prueba alguna; él había invertido en las acciones de la empresa farmacéutica que produce la medicina. El jefe del Comité de Inteligencia del Senado, el republicano Richard Burr, vendió alrededor de 1.7 millones en acciones justo antes de que cayese la bolsa de valores. Políticos, hombres de negocios, atletas y celebridades tuvieron acceso inmediato a la prueba de la COVID-19, entre ellos dos congresistas republicanos a través de la oficina médica exclusiva en Washington, a costa de personas infectadas que necesitaban desesperadamente dicha prueba. La insuficiencia de ventiladores y cuidados intensivos levantó el espectro del “triaje”, para determinar a quiénes dar prioridad en las atenciones médicas. Teóricamente, aspectos como la riqueza, la raza, el poder o las conexiones no deben influir en la decisión, pero precisamente esos fueron los criterios en el mundo trumpista que desdeña a los pobres, hispanos e inmigrantes. El vicegobernador de Texas, Dan Patrick, urgió: “regresemos al trabajo [...] aquellos con setenta años o más nos cuidaremos, pero no sacrifiquemos el país”. En Nueva York, los hispanos y los afroamericanos padecían el doble de la probabilidad que los blancos de sucumbir al virus porque sufren una mayor pobreza, disparidad económica, trabajan en ocupaciones de alto riesgo y tienen escaso acceso a la atención de salud.

### **La desastrosa política de Trump le costó la reelección**

Con su habitual altanería Trump se vanaglorió: “El pueblo americano cree que he manejado muy bien el virus, vean las encuestas”. La aprobación del pueblo estadounidense al presidente, como ha sido usual en crisis nacionales previas, aumentó de un 44 % a un 52 %, aun así, era menor que el apoyo del 85 % al 90 % que gozaron tres presidentes previos en crisis similares. Más aún, a mediados de abril de 2020 la aprobación a Trump descendió a 46 % por dos razones: la primera fue el incremento del desempleo y la advertencia de la directora del FMI que la crisis sería peor que la de 2008-2009. La segunda razón fueron las comparecencias televisivas diarias del presidente en las que criticaba a gobernadores y alcaldes

que disentan de él, alimentando la polarización del país en vez de procurar su unidad frente al peligro común, se auto elogiaba pavonándose de sus altos “ratings” televisivos en medio de la mortalidad creciente, cometía errores factuales, se contradecía constantemente e incurría en disparates que revelaban su vasta ignorancia como decir que evitó miles de millones de muertes en EE.UU que solo tiene 330 millones de habitantes, y otros peligrosos al sugerir que la gente bebiera desinfectantes que irían a los pulmones y matarían al virus y, por supuesto, también a las personas.

Múltiples encuestas de opinión tomadas entre abril y julio de 2020 mostraron que Joseph Biden triunfaría sobre Trump especialmente por su mal manejo de la pandemia y porque haría una mejor labor en unificar a la nación. Hay un consenso extendido entre los expertos políticos, respaldados por las encuestas de opinión, que el desastroso desempeño de Trump en la pandemia le costó su reelección en noviembre: “Trump pensó que podía terminar con COVID-19 solo deseándolo... Su probabilidad de ser reelecto se hundió por la pandemia que expuso sus debilidades, fundamentalmente entre ellas su temeraria irresponsabilidad frente al virus, lo cual provocó su hospitalización en la cima de su campaña. Nuestras encuestas mostraron una caída significativa en el apoyo de los votantes cuando eso ocurrió. El contagio del presidente envió una señal al pueblo que su estilo de administración trajo consecuencias nefastas incluso para él mismo” (7).

El rechazo de Trump a la realidad se elevó al cubo cuando proclamó que le había sido robada la elección de 2020 y exhortó a una masa de fanáticos

seguidores a que asaltaran violentamente el congreso el 6 de enero de 2021, amenazando al vicepresidente y los congresistas para que no ratificaran la elección legítima de Biden. Ese crimen de sedición continúa sin castigo y pone en serio peligro a la democracia estadounidense (8).

### REFERENCIAS

1. Al menos que se de una fuente, este ensayo está basado en el artículo del autor, La aplicación por Trump de la ‘Ley del Embudo’ al COVID-19 en Estados Unidos”, Pensamiento Propio, Año 25, julio-diciembre 2020, p.137-192. Canadian Press. 2022.
2. Shear MD, Barnes JE, Carl Zimmer C, Mueller B. Biden Orders Intelligence Inquiry Into Origins of Virus. The New York Times, may 27, 2021.
3. Ver comunicados de las Academias de Medicina, Ciencias, Sociedad Venezolana de Salud Pública y otras entidades científicas, Caracas, 25 abril, 15 mayo, 2 junio, 28 de octubre y 29 noviembre de 2020, y 30 de enero y 8 abril de 2021.
4. Landler M, Castle S. Lions led by donkeys: Britain was failed by Johnson’s team. The New York Times, 27 mayo 2021.
5. Gringlas S, Sprunt B. Timeline: What we know of President Trump’s COVID-19 diagnosis and treatment. NPR Politics Podcast, 5 octubre 2020.
6. Lovelace B Jr. Trump claims the worsening U.S. coronavirus outbreak is a ‘Fake News Conspiracy’, even as hospitalization rise”, CNBC, 29 October, 2021
7. Bennett B, Tessa Berenson T. How Donald Trump lost the election. Time. November 7, 2020.
8. Mesa-Lago C. El ataque traidor de Trump a la democracia estadounidense. Letras Libres, Ciudad México, enero 2021.